CT CATASTRO Diciembre 2019

La visión de España en los viajeros románticos

Nicolás Ortega Cantero[1]
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Los relatos de los viajeros románticos que recorrieron España en la primera mitad del siglo XIX ofrecieron imágenes del paisaje interesantes y valiosas, expresivas del nuevo modo de verlo que caracteriza nuestra modernidad. Esas imágenes conformaron el momento inicial del descubrimiento moderno de los azpaisajes españoles, y anticiparon en buena medida la manera de acercarse a ellos y entenderlos promovida después por sucesivas perspectivas intelectuales y geográficas. Sus visiones de los paisajes naturales y humanos de España respondieron a nuevas formas de percibirlos y valorarlos que abrieron el camino de la modernidad paisajística española.

Palabras clave: Viajeros, Romanticismo, Paisaje, Geografía, España.

The vision of Spain in romantic travellers

Abstract

The accounts of Romantic travellers who toured Spain in the first half of the 19th century offered interesting and valuable images of the landscape, expressive of the new way of seeing it that characterizes our modernity. These images formed the initial moment of the modern discovery of Spanish landscapes, and, to a large extent, were a preview of the way of the way to approach and understand them later promoted by successive intellectual and geographical perspectives. Their visions of the natural and human landscapes of Spain responded to new ways of perceiving and valuing them that paved the way for Spanish landscape modernity.

Key words: *Travellers, Romanticism, Landscape, Geography, Spain.*

[1] Catedrático emérito de Geografía Humana. nicolas.ortega@uam.es

Desde hace algún tiempo, los geógrafos han mostrado un gran interés por considerar los libros de viajes y los relatos de excursiones como fuentes de conocimiento de las características geográficas y de los paisajes recorridos en cada caso. Sus observaciones, sus percepciones y sus valoraciones son a menudo importantes para entender las realidades a las que se refieren. Ese interés por los libros de viajes ni es nuevo ni es exclusivo de la Geografía. Cabe recordar, en el terreno geográfico, la importancia que concedió Humboldt a los relatos y libros de viajes por la valiosa ayuda que prestaban a una mejor comprensión de la naturaleza y el paisaje. Y, respecto de lo segundo, el interés por esas expresiones literarias fuera del mundo de la investigación geográfica, podemos recordar las opiniones mantenidas a finales del siglo XIX en ese sentido por el gran historiador Rafael Altamira. Siguiendo el camino abierto por la Institución Libre de Enseñanza con anterioridad, vio en los libros de viajes una fuente de información valiosa para conocer diversos aspectos del pasado de España y de la imagen que habían elaborado los demás de ese pasado y de sus protagonistas. Los libros de viajes formaban, en palabras de Altamira, "un gran caudal de fuentes", en su tiempo todavía "casi inexplorado", que contenían –añade– "dos clases de datos que ninguna otra fuente literaria suele contener: los referentes a las costumbres públicas y privadas (tan poco atendidas en sus escritos por historiadores y cronistas), y los que expresan la opinión de los extranjeros respecto de nuestro país".

Lo mismo había advertido antes Juan Facundo Riaño, uno de los primeros institucionistas que estudió los libros de viajes, que consideraba importante tenerlos en cuenta para encontrar "incidentes" y "pormenores" que, siendo interesantes para conocer mejor la propia historia, "rarísima vez figuran en los libros". Las costumbres de la corte o la vida íntima de la sociedad española en el siglo XVII, "no se comprenden por entero –escribe Riaño– hasta leer los viajes de Mme. d'Aulnoy, Mme. de Villars, el abate Bertaut y otros". Y la corte de Carlos III, añade, "a pesar de tanto documento y de las revistas y periódicos, será siempre mal conocida si no se recurre a las descripciones de lord Auckland y de Beckford". Las opiniones de Riaño y Altamira son elocuentes respecto de la atención prestada a los libros de viajes en el círculo institucionista. El *Viaje de España*, de Antonio Ponz, el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, de Richard Ford, que fue corregido por Riaño, subsanando errores e insuficiencias, o *La arquitectura gótica en España*, de George Edmund Street, fueron algunos de los relatos de viajes que utilizaron continuamente, en sus excursiones y en sus escritos, Francisco Giner de los Ríos y sus compañeros de la Institución Libre de Enseñanza. Pasemos ahora, una vez dicho lo anterior, a hacer, con criterio geográfico, algunas consideraciones sobre el acercamiento a la naturaleza y al paisaje de España que ofrecen los libros de viajes.

* * *

Dentro del amplio horizonte de las expresiones literarias que pueden interesar a la Geografía, las imágenes procedentes del romanticismo resultan, por diversas razones, especialmente valiosas. Ello se debe, ante todo, a la gran atención que prestó la literatura romántica a las percepciones y vivencias de la naturaleza y del paisaje, ofreciendo puntos de vista que se acercaron mucho, por sus intenciones y sus contenidos, al horizonte de la Geografía moderna. No hay que olvidar que esa perspectiva geográfica, conformada en la primera mitad del siglo XIX, por Alexander von Humboldt y Karl Ritter, incorporó las claves intelectuales del horizonte romántico.

Esa marcada inclinación naturalista y paisajística del romanticismo aparece con

bastante claridad en los libros de viajes, donde la experiencia de la naturaleza y del paisaje constituye a menudo uno de sus ingredientes fundamentales. Como advirtió Antonio López Ontiveros, uno de los geógrafos que prestó más atención a este tipo de literatura, el relato romántico de viajes resulta particularmente interesante, en términos geográficos, por la expresa atención que suele dedicar al paisaje y al lugar específico, que contrasta con los planteamientos de otras narraciones viajeras precedentes, y por las perspectivas, fecundas e influyentes, que aporta respecto de la dialéctica y la búsqueda de complementariedad entre los dos polos que Douglas C. D. Pocock denominó "early place" y "subsequent place".

Los relatos de los viajeros extranjeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX constituyen un buen ejemplo de la caracterización y de las cualidades de esa perspectiva romántica. Al tiempo que plantean numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social, en ocasiones condicionadas, como señaló José María Alberich, por ciertas ideas y creencias previas, los viajeros románticos ofrecen también continuas imágenes del paisaje que van encontrando en su recorrido. En este terreno, sus impresiones y sus juicios suelen ser más directos y originales, no están mediatizados por interpretaciones o visiones preconcebidas. A la hora de enfrentarse al paisaje de España, los viajeros románticos no podían apoyarse en estereotipos acuñados con anterioridad, porque el paisaje, la idea de paisaje y la manera de acercarse a él y valorarlo, eran algo nuevo, habían nacido con el romanticismo, y no había por tanto tradiciones o experiencias previas a las que referirse (fig. 1).

A diferencia de lo que ocurría con los aspectos históricos, sociales o políticos,

Figura 1
Vista del Escorial tomada desde el camino Real de Madrid

Fuente: Dibujo de F. Liger. Grabado de F. Dequevauviller.
(*Alexandre de Laborde (1820): Voyage pittoresque et historique de l'Espagne, II, 2.*)

que contaban con precedentes interpretativos, a menudo literarios, susceptibles de ser utilizados, el paisaje, concebido en términos modernos, era una realidad nueva, con nuevos valores y significados, que demandaba, para ser debidamente entendido, actitudes y perspectivas igualmente nuevas. Los viajeros llevaron así a cabo un verdadero descubrimiento del paisaje español, en el que se plasmaron con fidelidad las claves del paisajismo romántico. Veamos brevemente cuáles fueron esas claves y cómo se proyectaron concretamente en las imágenes de los paisajes de España contenidas en los relatos románticos de viajes.

El romanticismo se apoyó en una nueva concepción de la naturaleza y del paisaje que supuso, al tiempo, una negación de las interpretaciones mecanicistas precedentes y una afirmación de su carácter de verdadero organismo, de ser vivo. La naturaleza y el paisaje se entendieron como totalidades vivas y organizadas, como conjuntos de componentes relacionados y vertebrados, como unidades con armonía interna. Además, en el horizonte romántico, la organización de la naturaleza y del paisaje, expresión del orden del universo, responde a una finalidad, está dotada de sentido. Apoyándose en la noción de organismo, la perspectiva romántica ofrece así, como ha advertido Jean-Marc Besse, la posibilidad de reconciliar el hecho y el sentido, la naturaleza y el espíritu. Para el romántico, la naturaleza y el paisaje son realidades dotadas de sentido, cargadas de significados subyacentes, que es preciso descubrir y valorar adecuadamente.

El romanticismo concedió una importancia extraordinaria al paisaje, tanto en términos literarios y artísticos, como desde el punto de vista intelectual y científico. En el paisaje vio el romanticismo la más acabada expresión, fisonómica y concreta, del orden de la naturaleza, de las relaciones y correspondencias, a menudo sutiles, que vertebran el mundo. La perspectiva romántica introdujo nuevas formas de mirar y entender el paisaje, nuevos modos de percibirlo y valorarlo. Inauguró el sentimiento moderno del paisaje, que atraviesa toda la modernidad y que constituye uno de los pilares más sólidos de sus sucesivas proyecciones paisajísticas. Con el romanticismo, comienza el hombre a dialogar con el paisaje, y en ese diálogo se hace patente el entramado de preguntas y respuestas, de certidumbres y de dudas, de anhelos e imaginaciones que marcan el ritmo vital y cultural moderno.

El romántico es consciente de que el paisaje es una totalidad ordenada y con sentido, y para captar y comprender las relaciones que fundamentan su entidad unitaria y sus significados, acude a la visión analógica y metafórica. La analogía y la metáfora permiten establecer nexos y correspondencias entre aspectos diferentes, permiten reconciliar, como dijo Octavio Paz, sin suprimirlas, las diferencias y las oposiciones, y, en consecuencia, hacer inteligible el paisaje como un todo ordenado, en el que es posible intuir o imaginar el sentido de las relaciones y del orden resultante. Pero el entendimiento romántico del paisaje, apoyado en la visión analógica y metafórica, no sería posible sin acudir simultáneamente a los variados recursos de la subjetividad. El pleno ejercicio de la subjetividad, que significa poner en juego todas las capacidades del sujeto, tanto las de índole racional como las de carácter sentimental e imaginativo, es imprescindible para entender correctamente la caracterización unitaria del paisaje y para adentrarse en el sentido que cabe atribuir a las relaciones entre sus componentes y al orden conjunto que de ellas resulta.

Otro aspecto importante completa la perspectiva paisajística del romanticismo. Se trata de la convicción de que el hombre y el paisaje no deben entenderse como realidades separadas, sino que, por el contrario, existen nexos y continuidades entre uno y otro. El hombre forma parte del entramado

de relaciones que recorren el mundo y, por tanto, se dan continuas correspondencias entre lo exterior y lo interior, entre el universo y la conciencia. La visión analógica y metafórica no sólo descubre relaciones entre las distintas partes del paisaje, sino que permite también establecerlas entre el paisaje y la conciencia del hombre que lo mira. Debido a esa estrecha conexión, el paisaje se interioriza, se convierte en un estado de conciencia, y el romántico, cuando habla del paisaje, habla también de sí mismo. La experiencia paisajística del romanticismo entraña así un alto grado de compenetración entre el hombre y el paisaje. Es la íntima correspondencia entre "paisaje exterior" y "paisaje interior" de la que habló Victor Hugo. Y esta compenetración con el paisaje alentada por el romanticismo es otra de las claves mayores del paisajismo moderno.

El romanticismo ofreció en suma un nuevo entendimiento del paisaje y de las relaciones del hombre con el paisaje que constituyó el punto de partida de todas las perspectivas paisajísticas de nuestra modernidad. El romanticismo propuso una acabada valoración del paisaje, integradora y de gran aliento, que lo convirtió en uno de los focos predilectos de atención de la cultura moderna. Además, advirtió la relación entre el hombre y el paisaje, la estrecha conexión que se establece entre ambos, y con ello afirmó un principio de solidaridad que formará parte también desde entonces de la cultura paisajística moderna.

Junto a la delimitación de las coordenadas generales del entendimiento del paisaje, el romanticismo introdujo también nuevos gustos y preferencias en ese orden de cosas. La montaña, ignorada, menospreciada o temida con anterioridad, pasó a ser el ámbito predilecto del horizonte romántico. En los lugares montañosos se hallaba la más acabada expresión de los rasgos naturales y paisajísticos que ese horizonte ensalzó, al tiempo que en la llanura se vio la antítesis, la negación, de todos ellos. El *Obermann* de Senancour, verdadero manifiesto de la visión romántica de la naturaleza y el paisaje, aporta un buen y temprano ejemplo de tales valoraciones. Al elogio de la montaña acompaña el del bosque. El romanticismo gustó también de la vegetación densa y vigorosa. Es el ideal de la selva del Norte el que vital y estéticamente convence al romántico.

* * *

Los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX incorporaron fielmente las claves y las preferencias del entendimiento romántico del paisaje. En sus relatos, se muestra con claridad la idea de que el paisaje es una entidad unitaria, la resultante de un conjunto de componentes relacionados entre sí, cuyo entendimiento requiere el concurso de la visión analógica y metafórica y el pleno ejercicio de la subjetividad. Y también aparece con nitidez la convicción de que existen nexos y correspondencias entre el hombre y el paisaje, de que entre ambos existen solidaridades profundas.

Respecto de lo primero, los viajeros románticos ofrecen múltiples imágenes del paisaje español en las que se señala la presencia simultánea de sus diversos componentes y el resultado conjunto de sus relaciones. Hablando del ámbito montañoso de las proximidades de Irún, en el País Vasco, por ejemplo, advierte Théophile Gautier lo que sigue:

> "El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso con-

traste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando caprichosas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas" (figs. 2 y 3).

Para los viajeros románticos, el paisaje expresa el orden de la naturaleza, el orden resultante del conjunto de nexos y correspondencias, a menudo sutiles, que unen las diferentes partes de la naturaleza, un orden que es preciso captar y desentrañar para llegar a comprender su sentido y sus significados. En el relato de su viaje por los Pirineos, lo advierte Victor Hugo con bastante nitidez:

> "todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, se relacionan entre sí por multitud de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que percibe

Figura 2
Desfiladero de Pancorbo

Fuente: Dibujo de D. Roberts. Grabado de J. C. Varrall.
(Thomas Roscoe (1837): The Tourist in Spain. Biscay and the Castiles).

Figura 3
Villabona, Guipúzcoa

Dibujo de E. H. Locker. Grabado de C. Hullmandel.
(Edward Hawke Locker (1824): Views in Spain)

> el contemplador, que hacen del gran todo una red inextricable, viviendo una sola vida, alimentado por una única savia, uno en la diversidad, y que constituyen, por decirlo así, las raíces mismas del ser".

Además, el viajero romántico es consciente de que esas relaciones y esas armonías no se detienen en el mundo exterior, sino que llegan hasta su propio mundo interior. El paisaje llega a ser así un estado de conciencia: "por la larga contemplación del bello mundo exterior –escribe Ford–, se sorprenden trozos del bello mundo interno". La compenetración entre el paisaje y la propia conciencia, entre el mundo exterior y el interior, que expresa uno de los rasgos más característicos del paisajismo moderno, es continua en los viajeros románticos que recorrieron España. Buena muestra de ello son las sensaciones y vivencias que experimenta Gautier cuando atraviesa, por el alto del León, la Sierra de Guadarrama:

> "Yo estaba embriagado de aquel aire tan vivo y tan puro; me sentía tan ligero, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que daba gritos y saltos como un cabritillo: experimentaba el deseo de tirarme de cabeza en

> aquellos encantadores precipicios, tan azules, tan vaporosos, tan aterciopelados; hubiera querido hacerme arrollar por todas las cascadas, meter los pies en todos los manantiales, coger una hoja de cada pino, revolcarme en la nieve chispeante, mezclarme con aquella Naturaleza y fundirme como un átomo en aquella inmensidad".

También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan. Están convencidos de que los grupos humanos y los paisajes son solidarios, de que entre unos y otros se establecen lazos de unión sumamente importantes. La caracterización de los ámbitos castellanos y manchegos expresa al tiempo, según Ford, "la condición física" de esas tierras y "las cualidades morales" de quienes las habitan. Y Edgar Quinet habla también de manera bastante expresiva, ante el paisaje de La Mancha, de esas mismas correspondencias:

> "A lo lejos, la tierra se asemeja al campesino español. Desnuda como él, se exhibe al sol en su capa agujereada de cizaña. Es silenciosa como él: ni un canto de pájaro, ni un murmullo de arroyuelos, ni de follaje. Sobria como él, sólo el rocío la fertiliza. Independiente como él, ni hoyos, ni empalizadas: la igualdad está grabada en su faz. Como el campesino no reconoce más que la soberanía de Dios, la tierra no se inclina más que a los pies de las rocas eternas de Sierra Morena".

La visión de los paisajes españoles que proporcionan los viajeros de la primera mitad del siglo XIX se atiene también con claridad a los gustos y preferencias del horizonte romántico. De acuerdo con los cánones alpinos y nórdicos que presiden esos gustos y preferencias, los viajeros románticos muestran una marcada predilección hacia los ámbitos montañosos y boscosos y una no menos marcada animadversión hacia los ámbitos llanos. Las mejores imágenes ofrecidas por los viajeros, en este orden de cosas, son las que se refieren a los paisajes españoles de montaña, donde a la presencia del roquedo se añade con frecuencia la de la vegetación, como sucede, por ejemplo, en numerosos lugares de los Pirineos, donde, en palabras de Ford, "el paisaje es una espléndida mezcla de roca y bosque". Y también se cuentan entre sus imágenes más logradas las de los paisajes húmedos y boscosos del Norte peninsular, a menudo conectados, de forma más o menos directa, con formas montañosas próximas.

Los ámbitos de montaña interesaron especialmente a los viajeros románticos, que desplegaron ante ellos las mejores posibilidades de sus nuevos modos de ver, sentir y pensar el paisaje. Su visión de las montañas españolas, de los Pirineos o de Sierra Morena, de la Sierra de Guadarrama o de Sierra Nevada, por ejemplo, constituye, sin duda, uno de los logros mayores y más valiosos de su perspectiva paisajística. Aplicando por vez primera los puntos de vista del paisajismo moderno, de cuño romántico, los viajeros supieron descubrir las cualidades y los valores de los paisajes españoles de montaña, y las imágenes que ofrecieron de ellos constituyeron el punto de partida de todo el acercamiento posterior, cultural, naturalista y geográfico, a esos mismos ámbitos.

La gran sensibilidad de los viajeros románticos respecto de los paisajes españoles de montaña, que entendieron como la más acabada y valiosa expresión del orden y de las cualidades naturales, les llevó además a denunciar las situaciones que amenazaban su integridad. Esta visión crítica, que inició también actitudes y opiniones que habrían

de prolongarse después, se manifestó con gran claridad a propósito de la deficiente conservación de los bosques españoles, sometidos con frecuencia al castigo de las talas desmedidas. "Los bosques españoles –escribe Ford– se talan por todas partes de la manera más imprevisora". Y se refiere también Ford a los nefastos efectos de la explotación maderera del Pirineo aragonés: "el daño que se está haciendo a estos nobles bosques es verdaderamente escandaloso". Ford, siempre atento a las agresiones al paisaje, expone, además, con buen sentido geográfico, algunas de las consecuencias que la desaparición del arbolado manifiesta en relación con la humedad, la acción erosiva y el funcionamiento fluvial.

A diferencia de lo que ocurre con los paisajes de montaña, los de las llanuras apenas interesaron a los viajeros románticos. Los paisajes del interior de España, los amplios ámbitos de las dos mesetas no disponían de alicientes para el paisajismo romántico. Ford se refiere a las desagradables sensaciones que experimentan los viajeros al atravesar las llanuras de La Mancha, "fatigados por perspectivas de miseria inmutable y por una falta total de cualquier cosa de interés, tanto en el hombre como en sus obras, o en la naturaleza de que se ven rodeados". Y habla también Ford de "las regiones desnudas de Castilla la Vieja", donde lo mejor que puede hacer el viajero es "salir de nuevo de ellas lo más rápidamente que le sea posible". Los viajeros románticos no se adentraron en el entendimiento del paisaje castellano, que hubo de esperar algunos años, hasta el último tercio del siglo, para lograr, en el horizonte cultural inicialmente promovido por la Institución Libre de Enseñanza, el reconocimiento de sus cualidades y valores.

* * *

La nueva perspectiva paisajística de los viajeros románticos no se limitó a considerar los ámbitos de carácter predominantemente natural. También se fijó en los paisajes más humanizados, y, dentro de ellos, prestó bastante atención a los de índole urbana. En este orden de cosas, los viajeros románticos mostraron preferencias igualmente claras: apenas les interesaron las aglomeraciones modernas, con sus secuelas de uniformidad y monotonía, frecuentes en sus países de origen, y se sintieron atraídos por las ciudades que todavía mantenían caracterizaciones más originales, sugerentes y pintorescas. Los viajeros románticos prefirieron las ciudades españolas de más acusada personalidad, aquellas que, por variadas razones, conservaban viva la impronta de su singularidad. El ámbito que, en este sentido, acaparó la mayor parte de la atención de los viajeros fue Andalucía. Junto a la habitual consideración de otros núcleos urbanos también atractivos, como Toledo, con su densa historia y su tinte legendario, o Aranjuez, con sus bellos y sugerentes jardines, los viajeros románticos concentraron fundamentalmente sus puntos de vista sobre el paisaje urbano en las ciudades andaluzas. "Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada –escribe Ford–, cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa".

Las imágenes del paisaje urbano contenidas en los relatos de los viajeros románticos acertaron a destacar algunos de sus rasgos más significativos y valiosos. Esas imágenes, apoyadas también en los criterios valorativos del paisajismo moderno inaugurado por el romanticismo, tienen la virtud de llamar la atención sobre los componentes cualitativamente más apreciables de la ciudad, y resaltar su importancia en la conformación y en la habitabilidad del conjunto urbano. Los viajeros románticos prestaron atención, por ejemplo, a los trazados urbanos tradicionales, y advirtieron su alto grado de adecuación respecto de las condiciones climáticas existentes, elogiaron la función de los patios de las casas, elementos

primordiales y sabiamente concebidos para mejorar la calidad de la vida urbana en ámbitos cálidos, e insistieron en la importancia adquirida por la vegetación, los jardines y los lugares de paseo en la caracterización de las ciudades y en las vivencias y relaciones de sus habitantes. Todo ello se conjuga en las imágenes del paisaje urbano andaluz que ofrecen los relatos de los viajeros románticos. Y tales imágenes constituyen otra de las aportaciones más originales e interesantes del paisajismo moderno que esos viajeros comienzan a practicar.

* * *

Los relatos de los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX ofrecieron imágenes del paisaje interesantes y valiosas, que expresaron los nuevos modos de percibirlo y valorarlo que caracterizan nuestra modernidad. Constituyeron así el primer eslabón, el momento inicial, del descubrimiento moderno del paisaje español. Las claves del nuevo modo romántico de entender el paisaje en las que se apoyaron las imágenes de los viajeros muestran, además, notables coincidencias con las que fundamentaron la perspectiva paisajística de la Geografía moderna, coincidencias que no hacen sino traducir, en este orden de cosas, la significativa proximidad existente entre ambos horizontes. La nueva manera de entender los paisajes españoles que promovieron los viajeros románticos anticipó así el modo de acercamiento a esos mismos paisajes que después auspiciaron los enfoques geográficos modernos. Antes de que comenzaran a arraigar en España, en el último tercio del siglo XIX, los puntos de vista de la Geografía moderna, los viajeros románticos aportaron un modo de entender el paisaje que anticipaba algunos de los rasgos primordiales de esa perspectiva geográfica, iniciada en el panorama europeo a principios del siglo. La visión del paisaje español proporcionada por los viajeros románticos aportó, en fin, un conjunto de claves cuya presencia, en lo esencial, se mantendrá vigente en el entendimiento paisajístico posterior, que incorporó plenamente las sugerencias del horizonte geográfico moderno.